



Que habiendo fallecido don Gabriel sin dejar descendencia tomó, ella, el testigo del finado, que como había además jugado sin portar distintivo dejaba a la cantante las manos libres para elegir el propio suyo que, por cierto, guardaba - bordado por las monjas del convento en el que se criara y creciese su madre ([seguir leyendo](#)) tras ser abandonada en el torno - en uno de los cajones de su cómoda.

([seguir leyendo](#)) que les había pedido que lo bordaran para la niña como regalo de su primer cumpleaños; petición que, si bien las religiosas se habían apresurado muy ilusionadas a satisfacer, no parecía estar encontrando mucho apoyo por parte de una suerte adversa que se mostró empeñada en que no quedara ninguna vacante no ya y sólo durante la vida de la madre – que murió a los cuarenta años tras haber quedado viuda diecinueve atrás y con la pena de no habérselo visto estrenar – sino de gran parte de la de la propia Regina, que ya tenía nietos cuando recibió una carta certificada, urgente y con acuse de recibo, en la que se le comunicaba que había llegado al fin la oportunidad de la que ya desesperase y que caso de estar dispuesta a aprovecharla debía presentarse en tal sitio el tantos de tantos de nanoninonitantes a las tantas de cuentas pero — la advertencia venía en negrita y subrayada — a menos cuarto sin falta a la mayor brevedad posible y portando, eso era importante, un distintivo un poquito original porque, rezaba textualmente la carta “algunos se parecen tanto a otros que a veces se organizan unas broncas tan tremendas por causa de confusiones que tenemos que llamar a las fuerzas del orden para que vengan a poner paz”.

Y así Regina (doña), que maldita las ganas que tenía de a su edad ya avanzada estrenarse aquella tarde — precisamente — de malvada princesa Turandot ni de mandar cortar cabezas a troche y a moche, telefoneó al teatro alegando padecer un fortísimo ataque de ciática que la tenía postrada y, acto seguido, buscó la insignia, la desempolvó, la metió muy dobladita en una bolsa de plástico y le pidió al yerno de su nieta la hermana de Carlitos que, por favor, la llevase sin pérdida de tiempo en la motoscoot de repartir las pizzas a arrancar a Ovidio de las garras del mago negro en que lo había dejado don Gabriel al expirar y llevarlo donde el mago blanco para, desde allí, seguir ya ella sin prisa y por sus propios medios su camino.